

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Suscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 3 trim. Extranjero ptas. 3 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Escudillers Blancs, 8 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

Crónica diaria.

En la Casa de Socorro del distrito III fué auxiliado anoche, a las doce, un hombre que dijo llamarse Francisco Ortells, por presentar quemaduras de primero y segundo grados en la cara, cuello y dedos de la mano derecha, causadas dentro de su domicilio con una botella de bencina que se le inflamó y propagándosele el fuego a la ropa.

Anoche en la calle de Santa Madrona fué detenido un sujeto de 18 años, el cual llevaba un bulto sospechoso que resultó ser ocho libras de tabaco de contrabando y por cuyo motivo fué conducido a la delegación del distrito de Atarazanas.

A las doce de noche prodújose una fuerte alarma en la calle del Marqués del Duero por haber sonado pitos demandando auxilio a consecuencia de que un sujeto apodado el *Madriles*, sin domicilio conocido, intentó sustraer una cartera a un caballero. El *Madriles* fué detenido por una pareja de seguridad y llevado a buen recaudo.

Hemos recibido el cartel de los Juegos Florales de Gracia organizados por la Sociedad El Artesano. Hay tres premios ordinarios y veinticinco extraordinarios. Todos los trabajos se remitirán a nombre del secretario del jurado, don Federico Galindo, en el domicilio de la Sociedad, Travesía de San Antonio, 16 y 18, Gracia-Barcelona, por todo el día 31 del corriente.

Para enterarles de asuntos que les interesa, el médico primero capitán de la cuarta compañía de la brigada de tropas de Sanidad Militar interesa la presentación en las oficinas de dicha Compañía (Hospital Militar) de los reservistas Francisco Gall Grass, Manuel Gil Figueras, Evaristo Escartín Ojal, Justo Fernández Díaz y Macario Garcir Alvarez.

Conferencias y reuniones.

En el Ateneo Enciclopédico Popular don Ignacio Ribera Baylina dará hoy, a las nueve y media de la noche, la XIII conferencia sobre Psicología y terapéutica, en la cual continuará desarrollando el tema "Qué es el hipnotismo, magnetismo y sugestión".

Dicho acto será público.

•• Pasado mañana, a las nueve y media de la noche, tendrá lugar en el Centro Aragonés un concierto benéfico, tomando parte las distinguidas artistas señoritas A. Farré, A. de Cots y los señores Moreno y Fusté.

El Real Automóvil Club de Cataluña suplica a sus socios y a los automovilistas general que con el fin de recibir a la infanta doña Isabel se sirvan asistir el próximo jueves, de siete a ocho de la tarde, a la carretera de Sarriá, entre Sarriá y la Isonova, con sus automóviles y el mayor número posible de señoras.

Bolsin mañana.

Interior, 84'67 dinero; Nortes, 98'65 papel; M. Z. A., 94'75 papel.

Noticia de los fallecidos los días 7 y 8 de Julio de 1912.

Casados 7	Viudos 1	Solteros 1	Niños 7	} Varones 27	
Casadas 3	Viudas 1	Solteras 0	Niñas 8		} Hembras 16
				Abortos 00	

Lo que debe beberse.

Los prejuicios relativos a la cantidad de bebida que se debe tomar persisten numerosos y tenaces, a pesar de las indicaciones precisas y razonadas de los médicos y de los higienistas.

Muchas personas pretenden que se puede absorber una cantidad grande de bebida durante las comidas sin ningún inconveniente. Se imaginan que los líquidos pasan por el estómago sin mezclarse con los alimentos y así invaden el intestino. Esta opinión es absolutamente errónea.

El líquido bebido durante la comida y una o dos horas después se mezcla con los alimentos y forma con ellos una masa que si es muy voluminosa (lo que suele suceder) distiende la bolsa gástrica, sobrecarga las funciones musculares en las paredes digestivas, retarda la evacuación del alimento y favorece las fermentaciones anormales.

No es raro ver a un individuo ingerir cuatro o cinco vasos de vino en cada comida más o menos aguado, cantidad equivalente casi a un litro, que, agregada al peso del alimento, viene a ser como de dos kilos. Con tal recargo de peso no es extraño que después de comer se sienta pesadez en el estómago.

Hay también quien opina que es necesario beber mucho durante las comidas, porque de este modo se ayuda la hidratación de los alimentos, se facilita la deglución y se favorecen las operaciones digestivas. Hay quien sostiene que ese es el modo más eficaz de combatir la constipación.

Tan equivocado es un criterio como otro. El exceso de líquido, al diluir exageradamente el bolo alimenticio, debilita la acción del jugo gástrico. Se mastica menos y la secreción salivar resulta deficiente para la transformación alimenticia de féculas y farináceas. En cuanto a la constipación, el exceso de bebida no la hará desaparecer, puesto que por los riñones se escapa más que por el intestino.

El dispéptico que se ha convencido de los inconvenientes de beber mucho, suele, para evitar los efectos de la dilatación, caer en el extremo opuesto. Y también, a costa propia, comprueba que la abstención del líquido es casi tan nociva como su abuso.

Disminuyendo la medida normal y necesaria de la cantidad de líquido, los residuos que deben eliminarse por la vía renal quedan en gran parte dentro del organismo. La orina es escasa, densa, oscura, turbia y sedimentosa. Resultan perturbaciones en el funcionamiento de los riñones, dolores nefríticos y otros síntomas de artritis.

En las condiciones de tales enfermedades—refiriéndonos a los que sufren de dilataciones y dispepsias—no les conviene beber sino muy poco en las comidas, y cuando después de dos o tres horas el estómago se haya desembarrado en parte de los alimentos, deben tomar uno o dos vasos de líquido para suplir la insuficiencia de la bebida. Inútil es decir que las bebidas alcohólicas están contraindicadas.

Las antiguas corridas de toros en Roma.

¿Dónde tuvieron origen las corridas? No es fácil responder con precisión a la pregunta. Es cierto, sin duda, que no son sino un derivado de los antiguos torneos atléticos de circo; y así como tales espectáculos fueron romanos por excelencia, también las corridas se realizaron desde tiempos remotos en Roma. Pero en ella no se perpetuaron como en España; y cuando últimamente, en ocasión de las fiestas del cincuentenario, se reinstaló la idea de una corrida en Roma, los diarios iniciaron en contra una viva campaña. Después de los sangrientos combates de gladiadores y de la lucha contra las fieras, buscóse un medio peligroso y más humano para dar pie a los ardientes impulsos de cimentar fama en pruebas difíciles. Así se iniciaron las justas y las cacerías de toros y de búfalos. Todos los años se reclutaban para las justas setenta y dos hombres no mayores de cuarenta años, personas elegidas, a las que se obligaba a luchar, bajo pena de multa y de suspensión de empleos públicos. Tal resulta de la *Statuta A. mae Urbis Romae*.

Una de estas famosas cacerías fué realizada por la nobleza romana en 1332, en el Coliseo. Fueron restauradas con madera las gradas del anfiteatro y, como en los tiempos antiguos, también los asientos fueron repartidos según la preeminencia social de las personas.

Como todas las fiestas romanas, realizadas en nombre de la belleza física, la función terminaba, a menudo, de una manera trágica. Así finalizó la que al principio mencionamos, efectuada el 3 de Septiembre de 1332. Ante un público selectísimo, los más ilustres jóvenes romanos entraron, a pie, en la arena, armados con espadas y lanzas, y se pusieron cada cual frente a un toro. Lucharon con valentía. Pero el entusiasmo de la multitud aplaudiendo el valor y la destreza de aquellos jóvenes se trocó bien pronto en un ronco alarido de desesperación. Dieciocho caballeros quedaron en la arena, destrozados por la furia salvaje de las fieras. Al día siguiente las víctimas fueron sepultadas con gran solemnidad en las iglesias de Santa María Mayor y San Juan Laterano, donde actualmente yacen sus cenizas.

En la Edad Media los espectáculos más

solemnes celebrados en Roma fueron las corridas de toros, que, no obstante las repetidas prohibiciones de los papas, continuaron realizándose hasta no hace muchas décadas.

Otra corrida digna de recordarse fué la del 2 de Enero de 1492, cuando llegó a Roma la noticia de que Granada—última fortaleza de los moros en España—habíase rendido a Fernando el Católico. En esta ocasión el cardenal Rodrigo Borgia, próximo a convertirse en Papa Alejandro VI, desatráilló al uso español y desde la puerta de su palacio varios toros furiosos que los más valientes hombres de Roma se atrevieron a capear. De éstos, el que recibió mayores aplausos de la multitud fué César, hijo de Rodrigo Borgia, que con su brazo hercúleo, a semejanza de *Pep no*, trunco de un solo golpe de espada la cabeza de un toro.

Mientras algunos papas sentían predilección por las corridas, otros, en cambio, creyeron oportuno y hasta necesario prohibirlas severamente.

Antes que nadie, el rígido Pío V dió la señal de protesta contra el bárbaro deporte. En 1567 publicó una bula prohibiendo el espectáculo a los católicos y negando sepultura en tierra sagrada a todos los que perecieran en la lidia. Además, ordenó la expropiación de los bienes de los feudatarios que no hicieran respetar la prohibición en las tierras de su propiedad.

A pesar de todo, Roma volvió a gozar libremente de las fiestas taurinas, lo que acabó en la mitad del siglo XIX.

En ese tiempo las corridas se verificaban en el mausoleo de Augusto y los toreros recurrían para irritar a los búfalos a los martirios más crueles.

Según un antiguo cronista de la época, las corridas comenzaban a las diez de la mañana y terminaban para el Ave María. La música militar amenizaba la función.

Para excitar al toro se introducía un hombre en un largo cesto forrado con tela roja y apolchado por dentro con paja y lana. Así se evitaban los golpes.

El animal, irritado ante aquel fantasma, embestía y revolcaba al mono.

Por su parte, los lidiadores concluían de enfurecer al toro con una capa roja, ta

como se estila todavía en España, con la diferencia de que aquella hallábase adherida a un palo terminado en una peligrosa punta de hierro. Si, no obstante los pinchazos, el animal no se enojaba, hacíase calentar la púa hasta ponerla al rojo y entonces se la hundían en el pecho y en las caderas. Cuando el torero era perseguido de muy cerca por el toro, su única salvación consistía en saltar la muralla circundante, parecida a las barreras actuales, y contra las cuales el animal, furioso, estrellaba sus cuernos.

No escaseaban tampoco las difíciles pruebas temerarias de valor teatral, tales como la de esperar las embestidas de ridillas, ó de pie, con los ojos cerrados. Otros, al embestir el toro, le ataban en los cuernos una cinta con el color preferido por la mujer amada...

Los que poseían músculos poderosos, capaces de competir en fuerza con un búfalo, se arriesgaban a luchar frente a frente con la bestia, repitiendo el ataque de Ursus. Prendíanse a los cuernos del animal y le retorcián el pescuero con la misma facilidad con que pudieran matar una gallina.

En todos los siglos el público ha sido siempre el rey que ha dirigido sus propios espectáculos.

En Roma, cuando un toro saltaba a la palestra y en los primeros zarandeos demostraba tener precarias condiciones de valor para entregar su vida en heroicas cornadas, los espectadores se indignaban y a

gritos pedían que fuese retirada la bestia. Entonces varios peones o monos lo enlazaban, llevándolo hacia el interior del circo, a rastras, bajo una lluvia de insultos.

En estas corridas no sólo tomaban parte búfalos y toros, sino que a menudo se echaban a la pista becerros y hasta vacas.

En Roma era costumbre comenzar los torneos para la Ascensión del Señor.

Los toreros gozaban de gran prestigio, no sólo entre el pueblo bajo, sino también entre la aristocracia y especialmente entre las damas.

El teatro Coreo, que aun existe en Roma, fué construido especialmente para la lidia. Su forma circular indica qué fines guiaron a los constructores.

Por una ironía de las cosas humanas, dicho teatro es actualmente el preferido para las audiciones musicales, pues posee excelentes cualidades acústicas. Hace poco, Strauss y Mascagni dirigieron allí varios conciertos.

Un lidiador romano famoso en el siglo XIV fué un tal Pippo Lontano. Cierta día presentóse en la arena vestido solamente hasta la cintura, con el pecho desnudo, lleno de cicatrices. Un toro se arrojó sobre Pippo Lontano quien desde lejos lo azuzaba con el paño rojo, y le clavó los cuernos en el vientre.

"Fué un suicidio—dicen los cronistas—. Amores contrariados le decidieron a suicidarse en forma tan extraña."

Cátedra de risa.

En uno de los barrios más elegantes de Londres acaba de establecerse con todo lujo una «profesora de risa».

Esta interesante dama, que ha tenido la fortuna de contar desde el primer momento con un clientela distinguida y numerosa, enseña a sus discípulas el arte de reír bellamente.

Enseñalas el modo de improvisar deliciosos hoyuelos en las mejillas y de lucir la blancura de los dientes con naturalidad, sin que aparezca inmodesto alarde de exhibición.

Las lecciones son caras; pero parece que resultan muy provechosas.

Ahora falta que después de saber reír,

tengan las inglesas ocasión de lucir su nuevo arte.

Para este caso es muy recomendable la visita a un señor que ha hecho en Boston de la alegría una profesión.

Es un hombre modesto y trabaja en condiciones económicas. Hace reír durante un cuarto de hora por un dólar. Los neurasténicos más misántropos han tenido que declararse vencidos. Un solterón de Washington le ha alquilado, a buen precio, por toda una semana. Y una alta dama de Nueva York le paga un magnífico sueldo anual porque la divierte.

El lecho tenía finisimas colgaduras; había un armario de espejo, una mesa escritorio, la caja de caudales, butacas, sillas y divanes forrados de raso y de terciopelo.

Filippo sacó de un cajón del escritorio un manojo de llaves y las entregó con desprecio al delegado.

El registro comenzó.

Todo fue minuciosamente examinado, sin que se encontrase nada sospechoso.

Llegó el momento de registrar la caja.

—La llave de ésta?—dijo el delegado.

—Ahí dentro no hay más que valores insignificantes.

—Veamos.

Filippo se metió con rabia la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la llavecita; pero al entregarla al delegado se apercebó de que no era la de la caja. Entonces comprendió la mala jugada de Sandro y no fué dueño de su cólera.

—¡Me han robado—exclamó—, me han tendido un lazo! Es inútil, caballero, que registre ahí; todo lo que ahí había se encuentra en manos seguras y ahora comprendo el motivo de mi detención.

Filippo no se engañaba.

Y tuvo la prueba cuando se encontró en presencia del juez instructor.

El paquete de documentos cogidos por Sandro estaba sobre el escritorio del magistrado.

Por estos documentos se pudieron descubrir muchas estafas cometidas por el señor Moreno con nombre supuesto y tener la prueba de muchas jugadas hechas á la policía cuando formaba parte de una Sociedad política cuyos jefes se encontraban presos desde hacía largo tiempo.

—Un hombre capaz de tantas bribonadas, también podía haber sido un asesino.

Esto dijo el abogado defensor de momento al juez instructor.

—Aquí no hay pruebas contra él—agregó—; sin embargo, yo tengo el convencimiento de que ese hombre ha matado á su esposa para desembarazarse, más que de ella, de Mauricio.

—¿Por qué motivo habría callado entonces el señor Villata?

—No lo sé; pero yo creo al señor Moreno capaz de todo.

El magistrado no respondió; pero después del primer interrogatorio de Filippo, cuando éste, desesperado por el robo sufrido, que destruía todos sus planes y le abría las puertas del presidio, se declaraba vencido, le dijo con frialdad:

—Y esto no es todo; tiene usted otros delitos sobre la conciencia: el asesinato de su esposa y la condena del señor Villata. Ya lo sabemos todo.

Una verdadera convulsión de rabia agitó á Filippo.

—¡Ah! Esa miserable de Alda ha hablado—prorrumpió con los labios llenos de espuma—. Tanto peor para ella; no seré yo solo el que vaya á pre-

sido; también ella y el conde, que despreció mis proposiciones, seguirán mi suerte.

El magistrado le dejaba que se desahogase; él nada sabía, pero su frase había dado resultado.

Filippo, convencido de que había sido traicionado por la *Bella Turinense* y considerándose perdido, trataba de arrastrar á los otros en su ruina.

Su furor había desaparecido. Recobró la calma, la frialdad.

Permaneció aún tres horas en el despacho del juez y cuando salió de él para ir á la cárcel lanzó un profundo suspiro, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima.

—Esta noche dormiré tranquilo—murmuró—; mis muertos me dejarán en paz, porque á la postre les he vengado.

Dió una carcajada feroz y agregó:

—¡Qué imbécil he sido! ¡Ah, si tuviese á ese bribón de Sandro en mis manos!...

Una oleada de sangre tiñó su rostro, que después volvió á palidecer.

—¡Ya está hecho!—murmuró.

Y siguió á los guardias con la cabeza alta.

Después de la confesión de Filippo se ordenó, como sabemos, el traslado de Mauricio á Turin.

Pero por el momento no se dió ninguna orden de captura contra el conde Darío de Monterani y la *Bella Turinense*.

VII.

Darío, después de su conversación con Filippo, quedó bastante impresionado.

Las amenazas del aventurero le habían causado efecto.

¡Y pensar que había olvidado las relaciones de aquel hombre con la condesa de Monterani! Pero ¿quién se había podido imaginar que Filippo viviese aún?

El conde sentía herir su sangre; la cólera le hacía temblar.

¿Ceder todo su patrimonio? Sería una locura que valía tanto como confesar su delito. ¿Qué pruebas tenía Filippo contra él? ¿Qué sabía? ¿Qué le había dicho Alda?

Quizás sería conveniente desembarazar su camino de aquel obstáculo, mandar á Filippo á hacerle compañía al *Tenebroso*.

La cosa no era tan difícil; la ocasión le era favorable en aquellos días en que las agresiones nocturnas se sucedían sin tregua, por obra de una cuadrilla de bandidos que daba mucho que hacer á la policía.

Bastaba con que aguardase en la calle á Filippo.

Aunque hacía muchos años que no lo había manejado, sabía servirse del cuchillo á las mil maravillas.

Y Filippo podía estar seguro de ir derecho al otro mundo.

Por lo pronto, el día siguiente iría á verla y le pediría un plazo de unos días.

Esta idea, si no le quitó el malhumor, ni le serenó el rostro, le dejó algo más tranquilo.

Pero cuando se enteró de la prisión de Filippo, Darío fué presa de una atroz angustia.

Torturaba su mente buscando la causa de aquella prisión, cuando comparció su esposa.

El conde estaba en aquel momento en el salón de fumar, recostado en un sofá.

Vittoria entró, cerró la puerta tras ella y quedóse parada en medio de la estancia.

La joven, que parecía más alta con el largo vestido de luto y que estaba palidísima, pero tranquila, miró á su marido con insistencia, con energía.

Darío se levantó y dió un paso hacia ella.

Vittoria le detuvo con un gesto.

—Vengo á decirle que el señor Moreno ha sido preso—exclamó la joven—y que yo he recibido una citación del Juzgado.

Darío cambió de color.

—¿Usted? ¿Usted?—dijo agitado—. ¿Y sabe por qué?

—Lo ignoro.

—Yo lo adivino—prosiguió Darío con voz trémula—; el miserable habrá hablado de mí y querrán que usted confirme la verdad...

Y, olvidando todo orgullo, el conde se puso de hinojos ante su esposa, balbuceando:

—¡Sálvame, Vittoria, sálvame!... Tú puedes decir que ese hombre miente... Que yo soy el verdadero conde de Monterani... Piensa que el nombre que llevo es tuyo... Y que la deshonra mía recaerá en tí.

Darío sabía que su esposa le odiaba, le despreciaba; pero estaba seguro de que ella no le denunciaria.

Volvió los ojos hacia ella y tuvo miedo.

La joven le miraba de una manera dura y sonrió despreciativamente.

—¡Ah! ¿Y usted espera que yo le defienda de las acusaciones que le dirijan? ¿Cree que va á encontrar clemencia en una mujer á la que ha engañado vilmente, á la que condenó á la vergüenza y á cuyo padre hizo usted morir de desesperación?

—¡Vittoria!

—Aquí no está ya Vittoria de Monterani, sino la hija del marqués de Castellazzo, cuyo corazón ha destrozado usted con inexplicable ferocidad.

No, yo no tendré ya piedad para usted; si me preguntan la verdad, la diré

entera. No espere que le salve; si faltan pruebas para desenmascararla, yo misma las suministraré.

Dario sentía que su cólera había llegado al paroxismo; no era ya dueño de sus acciones.

—¡Ah, desgraciada!—exclamó con voz ronca, dando un salto hacia ella.

Pero en aquel momento la puerta se abrió y compareció Pía, que dijo en voz alta:

—El carruaje de la señora está dispuesto.

—Voy—dijo Vittoria siguiendo á su camarera, sin dignarse mirar á su marido, que quedó anonadado, sin valor para moverse ni para decir palabra.

Dario sentía un malestar indefinible á la idea de que su misma esposa le iba á acusar.

Nunca se había encontrado en un peligro tan grande como el de aquel instante.

¿Qué haría?

¿Huir? ¿Para qué? Era lo mismo que confesarse culpable.

Él lucharía, lucharía enérgicamente hasta el último momento.

No, no creía que existiesen contra él las pruebas que decían.

Las cartas escritas á Alda habían sido destruidas.

¿Qué podía haber encontrado su esposa en el castillo?

¿Por qué había sido citada la condesa por el Juzgado?

La sangre le hervía en las venas y subía á oleadas á su cabeza.

Sin embargo, trató de dominarse, de ocultar su interna y profunda emoción.

Dario se dirigió á casa de su suegra.

Cuando llegó al palacio le dijeron que estaba allí también su esposa.

Así, pues, Vittoria había mentido. No era cierto que tuviese que ir al Juzgado.

Se lo había dicho, seguramente, para asustarle, para humillarle.

El conde recobró su sangre fría y con la cabeza alta, con paso firme, se dirigió á las habitaciones de su suegra.

La condesa de Monterani estaba, en efecto, al lado de su madre. Había ido para confesar á la rígida señora todo cuanto sabía de su marido antes de que la marquesa lo supiese por otros.

—Tengo que hablarla largamente, mamá—había dicho Vittoria al entrar en la sala de la benta—; ordene que nadie nos importune.

—Nadie entra aquí, excepto Dario.

—Precisamente á él es á quien no debe usted recibir.

La marquesa frunció el entrecejo; su rostro coloreóse un poco.

—¿Estás loca, Vittoria?

—Tengo el juicio completo, madre mía, y he venido precisamente para decirle que Dario es un miserable.

La marquesa la interrumpió con violencia.

—¿Tienes tan poca dignidad que insultas así á tu marido?

—Cuando sepa quién es, usted misma sentirá horror. Sepa que el nombre que lleva no es suyo; lo ha robado, junto con la fortuna de los condes de Monterani, asesinando al único heredero de aquella noble y desventurada familia.

Vittoria observaba en el rostro de su madre el efecto que causaban á ésta sus palabras.

La marquesa, que había palidecido un poco, á la última acusación estalló.

—Es una abominable mentira que te ha sugerido el demonio.

—El demonio es él, Darío; yo no he mentado nunca y probaré cuanto digo. Si no hubiera quien denunciase á mi marido, yo misma le denunciaría. Mientras vivió mi padre lo soporté todo, sufriendo el martirio del disímulo; pero ahora que ha muerto por culpa de Darío, me rebelo al fin y me vengo...

La marquesa se arrojó con ímpetu sobre su hija y la sacudió con fuerza por un brazo.

Bajo los pliegues rígidos del vestido de luto la vieja aparecía como un espectro negro, amenazador.

Su mirada brillante se posó en su hija de una manera espantosa.

—Si tu padre ha muerto, yo vivo aun—exclamó—y hasta el último momento sabré defender al hombre que calumnias. Yo no creo ninguna de las acusaciones que has dirigido contra tu marido; pero aunque éstas fuesen ciertas, como el matrimonio se ha realizado por tu solo capricho, debes defender á tu marido contra todos. Ese es tu deber y lo cumplirás si no quieres que te maldiga.

—¡Mamá!—gritó con angustia Vittoria.

En aquel instante abrióse la puerta para dar paso á Darío, que se quedó en el umbral.

Éste fingió no apercibirse de la agitación de las dos mujeres.

—¿Se puede entrar?—preguntó con ademán humilde, respetuoso.

—Venga, venga—dijo vivamente la marquesa—. Dios le envía para que pueda defenderse de las acusaciones que le dirige su esposa.

—Ya lo sé—interrumpió Darío suspirando—, y yo quería evitarla á usted el disgusto de que viera cuán ingrata y cuán perversa es su hija conmigo.

—¡Caballero!—gritó Vittoria indignada.

—¡Calla!—exclamó la madre matándola con la mirada.

Darío prosiguió:

—Déjela que se desahogue. Dios me tendrá en cuenta las injurias que de ella recibo. Usted, mamá, es buena, es santa, y me basta con que usted me haga justicia. No quería decirle nada; pero ahora estoy resuelto á decirsele todo, porque se ha tramado una conspiración infernal para perderme. Su hija va al frente de la conjuración, y se comprende, porque espera que, una vez desembarazada de mí, podrá gozar en paz de sus culpables amores...

—¡Esto es infame!—gritó Vittoria retorciéndose las manos.

—¡Calla!—replicó la marquesa.

—Diga á su madre si no es cierto que tenía alquilado un piso amueblado, donde recibía usted á sus amantes y donde yo mismo la sorprendí.

Vittoria lanzó un grito terrible.

Su rostro contraído, sus ojos inflamados revelaban el dolor de la desesperación de su pobre corazón torturado.

—¡Ah! ¡Es demasiado!... ¡Infame!.. ¡Asesino!..

No acabó. Las piernas le vacilaron y cayó al suelo sin conocimiento.

—Que Dios tenga piedad de ella—dijo el conde ayudando á su suegra á levantar á la desgraciada para colocarla en el sofá.

—¡Oh, sí, necesita de la misericordia de Dios, porque su corazón está endurecido y no siente ya piedad para nadie!

—¡Y pensar que yo la había perdonado!—murmuró Darío fingiendo enjugarse los ojos.

—No basta; es preciso emplear con ella medios severos; no dejarla que ponga los pies fuera de casa ni que reciba á nadie.

—Ésto mismo lo intenté yo y no he logrado más que despertar su odio hasta el punto que usted ha visto. Únicamente usted me ha entendido y me quiere bien.

Y el miserable se inclinó para besar el crucifijo que llevaba pendiente de la cintura la marquesa, á cuyos ojos se vió por vez primera asomar una lágrima.



on Benedetto el párrafo de la vida donde
 estaba situado el castillo de los condes de
 Montemar, dormitaba después de la comida
 sentado en un cómodo sillón de cuero. Rata,
 la vieja criada, después de desmenuzarse la
 mesa, andando de puntillas para no despete-
 tar á su señor, sentada al lado de la ven-
 tana.
 Y mientras ocurría la escena, recitaba en
 voz baja algunas oraciones.
 En la calle, la lluvia caía espesa, helástica.
 Había transcurrido ya una media hora, cuando la vieja creyó oír ruido de
 cascabeles; miró á través de los vidrios de la ventana y vió un carruaje
 tirado por tres caballos que salía lentamente de la cocina.
 —Quita sea la condesa, que vuelve al castillo—pensó la vieja—: será un
 gran consuelo para don Benedetto y una verdadera providencia para los pobres
 tres del país.
 Pero el carruaje, en vez de seguir el camino del castillo, se dirigió hacia
 la casa parroquial.
 —Virgen santa, ¿cómo puede venir á esta hora?—murmuró Rata.
 Miró á su alrededor, pensando si debía intervenir y vió que don Benedetto
 había abierto ya los ojos.
 —¿Qué ruido es ese?—preguntó el médico.

Victoria lanzó un grito terrible...
Su rostro contrahido, sus ojos llamados revelaban el dolor de la desesperación de su pobre corazón torturado.

SEXTA PARTE

—¡Ah! Es demasiado... ¡Infierno!... ¡Asesino!
No escabó. Las piernas...
—Que Dios tenga piedad... dijo el conde arrojando á su suegra á la calle.
—Oh, si necesitaba de la misericordia de Dios porque un corazón está entristecido y no siente ya piedad para nadie.
—¡Y pensar que yo la había perdonado!—murmuró Dario fingiendo estar triste los ojos.

Adiós á la vida

—No basta ser bueno para que la vida sea una alegría; no basta que pongamos pies fuera de casa ni que recibamos á nadie.
—Eso mismo lo intento yo y no he logrado más que despertar un odio hacia el punto que usted ha visto. Únicamente usted me ha entendido y me ha perdonado.
Y el miserable se inclinó para besar el crucifijo que llevaba pendiente de la cintura. Y cuando se volvió á mirar se vio por primera vez en su vida.



don Benedetto, el párroco de la aldea donde estaba situado el castillo de los condes de Monterani, dormitaba después de la comida sentado en un cómodo sillón de cuero. Ruta, la vieja criada, después de desembarazar la mesa, andando de puntillas para no despertar á su señor, sentóse al lado de la ventana.

Y mientras zurcía la ropa, recitaba en

voz baja algunas oraciones.
En la calle, la lluvia caía espesa, insistente.
Había transcurrido así una media hora, cuando la vieja creyó oír ruido de cascabeles; miró á través de los vidrios de la ventana y vió un carruaje tirado por tres caballos que subía lentamente la colina.
—Quizás sea la condesa, que vuelve al castillo—pensó la vieja—; será un gran consuelo para don Benedetto y una verdadera providencia para los pobres del país.
Pero el carruaje, en vez de seguir el camino del castillo, se dirigió hacia la casa parroquial.
—Virgen santa, ¿quién puede venir á esta hora?—murmuró Ruta.
Miró á su dueño, pensando si debía despertarle, y vió que don Benedetto había abierto ya los ojos.
—¿Qué ruido es ese?—preguntó el párroco.

—Es un carruaje tirado por tres caballos que se dirige hacia aquí—respondió Ruta abriendo la ventana y asomándose a ella.

Don Benedetto se acercó a su vez.

El carruaje se había detenido ante la casa parroquial y dos hombres descendían de él: el alcalde del pueblo y un caballero vestido de negro.

El alcalde levantó la cabeza y saludó a don Benedetto con la mano.

—¿No molestamos?—dijo.

—No, no; vengan. Pronto, Ruta, ve a abrir.

Mientras el sacerdote se preguntaba quién podría ser el forastero que acompañaba al alcalde.

Los dos hombres no tardaron en comparecer.

—Perdonen—les dijo el párroco—si no he salido á recibirles; pero me cuesta mucho trabajo andar; me han vuelto los dolores á las piernas;

—No esté de pie, no haga cumplimientos por mí—dijo francamente el forastero.

El párroco fijó en él sus ojos dulcísimos, benévolo.

—¿A quién tengo el honor de hablar?

El alcalde se apresuró á responder:

—Al comendador Rarto, magistrado en Turin.

Don Benedetto sintió aumentar su sorpresa; sin embargo, respondió haciendo al mismo tiempo un saludo con la cabeza:

—Caballero, no puedo atribuir su visita más que á algún suceso extraordinario; ¿necesita quizás mi modesta cooperación para algún asunto?

—Sí; necesito algunas aclaraciones que usted seguramente podrá hacerme.

—Estoy á sus órdenes, caballero. Ruta, acerquenos esos dos sillones y déjanos.

El sacerdote aguardó á que saliese su sirviente y cerrase la puerta, y después, dirigiéndose al magistrado, agregó:

—Puede usted hablar.

El comendador Rarto miró un instante á aquel viejo de rostro leal, sencillo, y con acento tranquilo, respetuoso, dijo:

—El señor alcalde, que me ha hecho el honor de presentarme á usted, me dijo que hace cerca de cuarenta años que está usted en esta parroquia.

—Es cierto, caballero.

—Entonces se acordará del conde Darío de Monterani cuando era niño.

Don Benedetto se estremeció y la palidez de que se cubrió su rostro reveló su emoción.

—Le recuerdo muy bien—respondió—; aquel muchacho me había inspirado una viva simpatía. Único heredero de inmensas riquezas, su padre, hombre brutal, dudando de la honradez de su esposa—y yo puedo jurarle, caballero, que fué una santa, una mártir—, atormentaba al pobre muchacho, al que no creía hijo suyo; le pegaba despiadadamente y lo llevaba vestido de una manera andrajosa. Algunas veces traté de hablar al viejo conde Enzo en

La boda.

Al fin se decidió que se celebraría la boda el 2 de Febrero, fiesta de la Candelaria. Aun en aquella época del año y por aquellas alturas de la montaña había mucha nieve en los caminos; los altos picachos seguían encapucharrados de hielo y tal vez los lobos bajasen de sus guaridas, aullando de hambre; pero todo ello no significaba gran cosa para los convidados que de todas las alquerías cercanas vendrían a asistir a la bendición y luego a la gran comilona nupcial, donde se devorarían varios carneros y se beberían infinitos jarros de vino y de sidra.

Justo y Paca eran novios desde hacía mucho tiempo y sus amores pasaron por todas las vicisitudes que acompañan a las pasiones contrariadas.

Como su constante amor los había hecho simpáticos y populares, todos los amigos y vecinos vinieron a la boda, y después de la bendición nupcial el cortejo fué monte arriba camino de la casa de los novios, que se dividía claramente entre altos abetos empolvados de escarcha. El sol lucía aquella mañana alegre y radiante, fulgiendo sobre la nieve tersa y cernida que extendíase por el valle y por los montes. La amplia cúpula del cielo aparecía azul y purísima; sólo sobre un distante ventisquero algo de bruma grisácea reptaba por el flanco de la montaña.

Iba mucha gente a la comida: hombres, mujeres, viejos y muchachos. Todos marchaban cantando y las voces subían por el aire tranquilo, vibrando alegres. Algunas mujeres llevaron sus hijos con ellas y los niños gritaban agudamente, persiguiéndose por las revueltas del camino, mientras otras criaturas más pequeñas iban en brazos de sus madres, reflejando en la pureza de sus serenos ojos inocentes el divino azul del cielo.

Al fin llegaron todos allá arriba. La mesa estaba puesta en la amplia cocina. En otra pieza, que abría al corral, colocó Paca a los chiquillos para que comiesen y jugaran sin molestia de los mayores. Las madres armaron en un rincón de aquel cuarto una amplia cama y entre mantones y refajos acomodaron a los niños de pecho, que allá estarían tan a gusto.

Luego empezó el baquete. Fué a comer y un beber sin tregua ni descanso. Pasaban se las breves horas sin que nadie se percatase de su huida. De mano en mano, de boca en

boca iban los jarros de vino, los amplios vasos rebosantes de sidra. Los rostros lucían congestionados y sudorosos, en la caldeada atmósfera del cuarto. Chaquetas y jubones se desabrochaban para que los pechos y las gargantas respirasen más libremente, y en los cristales, enrojecidos por el morir del sol, un vaho espeso se cuajaba en minúsculos carámbanos, que iban derritiéndose luego gota a gota, rayando el vidrio humedecido. Mientras que del cuarto de los chicos venía el confuso estrépito de una batahola infernal: carreras, gritos, risas, lloros, patadas y canciones, revelando que los pequeños también se divertían.

Poco a poco murió la luz. Sobre la cumbre enhiesta de un monte brilló una vívida estrella parpadeante y la luna mostró su pálido rostro helado. La bulla y el calor eran cada vez mayores en la cocina, esclarecida por los candiles. Del cuarto de los chicos venía menos ruido; al parecer, muchos de ellos dormían ya, hundidos en el feliz sueño profundo de la niñez. Sólo se oía aún a dos o tres, más obstinados o menos dormilones, euredar junto a la puerta de la corralica.

Una pesadex feliz, beatífica, se apoderaba poco a poco de los invitados, cerrábase los ojos, sobre los que caían los rendidos párpalos. El suave calor de la cocina les venía dulcemente, cuando de pronto del cuarto de los chicos llegó primero una ráfaga helada, luego gritos horribles de niños asustados, una carrera loca, rápida, y en el dintel de la cocina apareció una criatura espantada gritando: "¡Los lobos, los lobos!", mientras al exterior se oían rabiosos aullidos.

Intentaron todos ponerse en pie. Algunos lo consiguieron, otros caían por tierra, atontados por el vino y la comida. Las mujeres, más sobrias o más valientes, salieron antes, llegaron veloces al cuarto de los niños. Y al llegar vieron cómo por la puerta del corral huían cual fantasmas las negras siluetas de los lobos, arrastrando por el suelo, al correr, algunos niños, los más pequeños, que arrebataron de la cama donde dormían. Y en tanto que, titubeantes aún, sin armas, inútiles y retrasados, llegaban los hombres, las madres, cayendo de rodillas y gritando como locas, vieron desaparecer triunfantes a los lobos bajo el lucir de la luna, que los esclarecía indiferente.

La mecánica del corazón.

El corazón del hombre es una estación de bombas cuya palpitación y aspiración se repite setenta y dos veces por minuto. De recién nacido, el corazón palpa a razón de 120 golpes por minuto y a la edad de 60 años a razón de 60. La bomba del corazón cuando está en estado normal extrae cinco onzas de sangre por cada palpitación, ó sea 430 onzas por minuto. Esto da a entender que bomba tan diminuta eleva cada seis o siete minutos un peso igual al del cuerpo del hombre. Los estimulantes, la falta de sueño, las emociones nerviantes y aquellas ocupaciones que requieren gran gasto de energía nerviosa traen por resultado desórdenes en el funcionamiento del corazón, y, de persistir, se convierten a la larga en desórdenes orgánicos. Como el corazón reposa entre las palpitaciones, todo aquello que le haga palpar más de lo normal le privará del descanso que debe tener. Mientras más se ataree el corazón durante el día más debe tardar el sueño para compensar el esfuerzo hecho. El cora-

zón palpita como diez veces menos por minuto cuando se está acostado y se duerme que cuando se está de pie y trabajando, de modo que en una hora se economizan 600 golpes y en ocho horas ó sea durante el sueño de una noche, 4,800 palpitaciones. Como el corazón eleva seis onzas de sangre por cada golpe, el descanso viene a evitar en trabajo la extracción de 28,800 onzas ó sean 1,800 libras durante la noche.

El corazón, figuradamente hablando, constituye una bomba fiel y un servidor del organismo humano. Si se le trata bien ejecutará sus funciones sin falta; si se le deja descansar de vez en cuando contribuirá al orden y a la salud del organismo, pero si se le deja funcionar excesivamente bajo el azote de los estimulantes y de largas horas de vigilia se le convierte en un esclavo en vez de ser vido y sin quejarse funcionará continuadamente hasta que se gaste exigiendo la vida del hombre como pago de tal exceso.

Servicio telegráfico y telefónico de nuestros corresponsales Madrid, provincias y extranjero.

DE PROVINCIAS

Riña.—Los ferroviarios.

Madrid, 8 Julio.

Sevilla.—Comunican de Pesadas que el cabo de municipales Ramón Mantecón y un paisano disputaron y acabaon por desafiarse. En el momento llegó un hermano del paisano, que, defendiéndolo, disparó contra el cabo, alojándole una bala en el vientre.

Bilbao.—Los ferroviarios se han reunido, asistiendo a las sesiones Perezagua y González, dando cuenta del ingreso en la Unión general de Trabajadores.

Mitín de pescadores.

Coruña.—Se ha celebrado un mitín de pescadores para protestar contra la pesca de ardora. Presidió el compañero Lomero, asistiendo unos 3,000 pescadores. Pronunciáronse discursos fogosísimos. Se ha teleografiado al ministro de Marina pidiendo la supresión de dichos aparejos.

Efectos del rayo.—De Sanlúcar.

Huesca.—En el pueblo de Benfar, estando trabajando en la construcción de una tapia Antonio López y Diego Rota, dejó un rayo muerto al primero y, sin conocimiento al otro. La víctima deja a su familia en la miseria.

Sanlúcar.—Se han declarado en huelga los cargadores de Puerto Bonanza. Los muelles quedan llenos de mercancías. El jefe del movimiento huelguista ha ingresado en la cárcel.

Seiscientos portugueses que regresaban a su país después de la siega halláronse en el puerto sin poder embarcar.

EXTRANJERO.

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

El Cabo Vilano.

Buenos Aires, 9 (5'10).

Después de una inspección en que se ha comprobado que no había sufrido avería el Cabo Vilano continuó su viaje.

La intentona lusitana.

Lisboa, 9 (5'30).

Después de diversas marchas y contramarchas cerca de la frontera, las fuerzas de Paiva Conceiro salieron de Sontelinho, dirigiéndose a Chaves para reunirse con las fuerzas de Camacho, y, reunidas, libraron combate con las tropas republicanas, sufriendo grandes pérdidas entre muertos, heridos y prisioneros. Entre estos últimos figura Joao Almeida, antiguo oficial que se distinguió brillantemente en Africa. Las tropas republicanas también experimentaron grandes pérdidas.

En las tropas republicanas reina gran disciplina y buen espíritu para mantener el orden en las provincias amenazadas o invadidas por los realistas, sin que se haya notado desfallecimiento alguno, ni ninguna deserción, desde los oficiales hasta el último soldado.

Después de un fuerte tiroteo las fuerzas de Paiva Conceiro entraron por Montealegre, acercándose a Soutelinho.

El Roghi y los franceses.

Paris, 9 (6'30).

Comunican de Fez con fecha de ayer que el combate entre el Roghi y las fuerzas de Gourand duró desde las cinco a las once de la mañana. El Roghi fué perseguido hasta las montañas. Los franceses recogieron un rico botín. Gourand volviólse luego para unirse al convoy. Los franceses tuvieron un muerto y cinco heridos.

La internacionalización de Tánger.—El tratado anglo-italiano.

Paris, 9 (6'40).

Según *Le Figaro*, la fórmula inglesa del proyecto de neutralización de Tánger exige que en el Concejo municipal no figuren más de dos individuos de la misma nacionalidad. El proyecto francés admitía hasta cuatro como *máximum*.

Le Matin desmiente que hayan surgido disonancias a consecuencia de la internacionalización de Tánger entre los diplomáticos franceses e ingleses. Hay buena voluntad para llegar pronto a un acuerdo, que, probablemente, tendrá lugar a últimos de Julio.

L'Echo de Paris publica un despacho de Londres según el cual Francia e Inglaterra tomaron acuerdos sobre el proyecto de tratado anglo-italiano garantizando el nuevo *statu quo* del Mediterráneo.

Casorio.—Españoles y franceses.

Paris, 9 (6'45).

Según *L'Echo de Paris*, el emperador Guillermo ha abandonado el proyecto de casar a su hijo con princesas inglesas o rusas. La princesa Irene Alexandrowna se casará con el príncipe Arturo de Connaught. Con ocasión de este casamiento el rey de Inglaterra irá a Petersburgo.

Paris, 9 (6'45).

Comunican de Tánger a *L'Echo de Paris* que ha habido una colisión entre los marinos franceses y los españoles. Los franceses, acosados por el número de los otros, hubieron de retirarse a bordo. Hay un francés gravemente herido.

Los ferrocarriles de Chile

Santiago de Chile, 9 (749)

La Cámara de los diputados, de acuerdo con el Gobierno, nombró una Comisión encargada de reorganizar los ferrocarriles del Estado, en los que resultan ser mayores los gastos que los ingresos.

ULTIMOS PARTES.

Los Consejos de verano.--La conjunción republicano-socialista.

Madrid, 9 Julio (10 mañana).

Durante los meses de Agosto y Septiembre los Consejos de ministros se verificarán quincenalmente y en el sitio donde resida el rey.

En casa del señor Pérez Galdós se ha reunido el Comité de la conjunción republicano-socialista, hablando de propósitos de propaganda en provincias durante los meses de verano; pero no se ha llegado a tomar acuerdo alguno.

Los realistas lusitanos.

Orense.--El asedio de Chaves duró hasta el anochecer. Las fuerzas republicanas hicieron una vigorosa salida y arrollaron a los sitiadores, que dejaron algunos muertos, varios heridos y no pocos prisioneros, entre ellos el capitán Almeida y dos oficiales. Los demás se refugiaron en España, donde fueron desarmados por la guardia civil.

A Verín y San Cipriano llegan muchos.

Se ignora la suerte que haya corrido Paiva Conceiro.

La derrota de Paiva ha sido muy grave; sus fuerzas han tenido 100 bajas, entre ellas 30 muertos.

La columna de Martín Lima, compuesta de 560 hombres, tuvo 165 bajas.

El Romanita.

San Sebastián.--Por referencias de un tripulante del vaporcito pesquero *Romanita* se dice que fué este buque quien condujo a aguas de Galicia el contrabando de armas para los monárquicos portugueses.

El *Romanita* salió para el Portugal día 26 de Junio, diciéndose que lo compraba una casa portuguesa.

Después se supo que se había rechazado por las malas condiciones de sus calderas.

El vapor volvió aquí el día 6 de este mes, embarrancando frente al Club Náutico y siendo salvado por el práctico del puerto.

Hay quien afirma también que el barco tomó en Bilbao las armas que, según decían, estaban destinadas a América y luego resultó que se destinaban a Portugal.

Acuerdo que traerá cola.

Valencia.--El alcalde, noticioso de que el Consejo de Estado ha acordado ceder en explotación la dehesa de la Albufera a una Empresa de minas, lo comunicó al Ayuntamiento en sesión secreta.

Los concejales acordaron citar para el próximo miércoles, en el paraninfo de la Universidad, a las Corporaciones municipales de la provincia y a los representantes en Cortes, con objeto de interesar al Gobierno para que no se publique la real orden.

Se asegura que dimitirán los concejales en el caso de que fracasen sus gestiones.

Los cerrajeros.

Saragosa.--La Sociedad patronal de metalúrgicos, reunida para cambiar impresiones sobre la huelga de cerrajeros, ha acordado aceptar la jornada de nueve horas para primeros de año en el caso de que los obreros cerrajeros admitan las bases que proponen los patronos.